

Un siniestro juego

Apenas pasado el mediodía, dió comienzo la balacera. Los soldados empezaron a disparar sus fusiles hacia el exterior del estadio contra un enemigo invisible para los presos y... para ellos. Los oficiales y suboficiales gritaban órdenes, corrían de uno a otro lado y las columnas de soldados se desplazaban en todas direcciones en carreras locas por las graderías superiores. En las torres de control Norte y Sur repiqueteaban las ametralladoras punto 30, punto 40, mientras un grupo de uniformados nos ordenó mantenernos en nuestros lugares.

El tiroteo duró alrededor de una hora. Durante ese lapso se instalaron en el centro de la cancha de fútbol varias ametralladoras dirigidas a los prisioneros que, en número superior a treinta mil, permanecíamos sentados esperando el término del siniestro juego.

Un soldado, a la carrera, dijo que "bandas de marxistas trataban de asaltar el estadio".

Cuando terminó el simulacro bestial de amedrentamiento moral y físico contra los presos y contra la población civil que vive en las cercanías del recinto deportivo, alguien fue al W.C. y encontró colgado de un trozo de cable eléctrico a un compañero que se había ahorcado. Fue la única víctima. Los médicos militares lo bajaron, y un oficial procedió a dispararle en la cabeza "el tiro de gracia", para evitar que pudiera resucitar...

Al compañero ahorcado lo habían torturado en forma tan despiadada que su suicidio fue el último gesto de rebeldía contra la noble e infame dictadura.

Fue el único "ejercicio colectivo". Normalmente los soldados disparaban noche y día a las estrellas o a los gorriones que se aventuraban a volar por sobre el mayor centro de confinamiento habido en el mundo.

Mi llegada al Estadio

Llegué el 2 de Octubre desde el Regimiento de Puente Alto donde había estado diez días en un calabozo oscuro, sin comida, sin agua, sin cobijas, descalzo y sin mis lentes ópticos, recibiendo una tunda cada noche en nombre de la "Libertad" recuperada por las F.F.A.A. de manos de los marxistas".

por una cincuentena de soldados. A la salida del Regimiento había gente que, pese al terror, nos despidió con sonrisas tristes y gestos fraternos.

Me sentía mejor, mejor pues estaba con mis compañeros, con mis camaradas, con los de mi clase. Iba con el Alcalde, con Trabajadores de la Salud, con Obreros Municipales, con taxistas, con dirigentes políticos de base, con sindicalistas, con militantes todos de la Unidad Popular.

Recién me habían sacado del aislamiento, había podido fumar un cigarrillo, comer un poco de porotos duros y estrechar las manos amigas. Era mejor que estar solo esperando la noche para recibir la golpiza de oficiales enfermos de un odio recién parido.

Los jefes del Estadio Nacional ignoraban cuántos habíamos, pues ingresaban centenas cada día y perdían la cuenta. Por eso, periódicamente hacían recuentos a cualquier hora de la noche.

En una oportunidad nos sacaron a la una de la madrugada a la "Pista de Ceniza" del Estadio. Uno a uno fuimos llevados al Sector Norte. Los no llamados fueron encuestados al amanecer. Naturalmente, esa y otras noches no pudimos dormir.

El régimen interno era arbitrario, absurdo, torpe y malsano: Levantarse a las 6 de la mañana e ir a sentarse a las graderías (generalmente a esa hora hacía frío, varias veces cayó la helada lluvia de Octubre). A las 8 o 9 un panecillo y una micro taza de algo que, ampulosamente, llamaban "CAFE", a las 13 o 14 horas la misma taza de porotos semicocinados. A las 17 horas otra taza de "LECHE" (se trataba de agua caliente a la que agregaban un tarro de crema por cada cincuenta litros de agua). A las 18:30 horas, encierro.

Celebrando su triunfo

El 11 de Octubre el Estadio amaneció embanderado. El Pabellón Patrio flameaba en todo su contorno: celebraban el PRIMER MES DE DICTADURA. Anunciaron por los parlantes internos que ese día nos darían un almuerzo especial: POLLO.

Efectivamente lo hubo, y la prensa adicta (la otra no existía) informó de ello presentándolo como "una muestra de la preocupación humanitaria del régimen para con los marxistas", pero la carne estaba putrefacta. Eran pollos descompuestos imposibles de vender (Yo tenía mucha hambre, pero no me la pude comer, ni aún tomar el caldo, pues su hedor era insoportable). Así celebraron el primer mes del asesinato de Allende.

estadio. No cabíamos todos. No nos podíamos sentar. Dormíamos de costado, uno pegado al lado del otro, teniendo por colchón las baldosas y cubiertos con una frazada por persona (Eran frazadas nuevas, habían llegado en Agosto como obsequio del pueblo búlgaro al pueblo chileno, aún tenían el timbre de aduana).

Los muy lastimados por los golpes y torturas no podían dormir. Muchos tenían pesadillas recordando en sueños las experiencias vividas en manos de soldados, policías y torturadores. Llegamos a un fraternal acuerdo con el Alcalde de Puente Alto, c. Luis Osorio; poníamos una frazada en el suelo que nos resguardaba del frío de abajo y nos cubríamos ambos con la otra que nos resguardaba del frío de arriba...

Para matar el tiempo (nunca habíamos matado a nadie, aunque no nos faltaban ahora deseos de hacerlo), recurrimos a arbitrios diversos: contar chistes, cantar, narrar películas (el Dr. Alvarez contó toda la Segunda Guerra Mundial con "pelos y señales"). Alguien, un carnicero, habló sobre la manera de beneficiar una res. Otro sobre los éxitos y fracasos de la construcción de casas para obreros. Un profesor dio a conocer el proyecto de la E.N.U. (Educación Nacional Unificada), plan del Gobierno Popular que sirvió de bandera a la Democracia Cristiana para acusarnos de pretender "comunizar" el país (se trataba de una adaptación del sistema escolar de Austria). Lo importante era no encontrar el camino a la desesperación. Había que ser fuerte en la desgracia. Debíamos mantenernos espiritualmente sanos, moralmente íntegros y políticamente fuertes...

Por intermedio de la Cruz Roja se recibían algunos paquetes de comida, de ropa, de cigarrillos. Sin embargo pocos llegaban a su destino, dado que los "patos malos" y los soldados se los robaban. Casi todos teníamos solamente la ropa con que andábamos vestidos y muy pocos podían darse el lujo de fumar un cigarrillo completo.

Interrogatorio bajo tortura

Alguna vez, - una vez por lo menos, cada uno, - fuimos interrogados:

Cien prisioneros, a las 8 de la mañana, fuimos llevados al velódromo. Hasta la madrugada había caído una persistente llovizna primaveral. Hacía frío. Nos sentaron en las graderías a esperar con la cabeza cubierta con una frazada, a los interrogadores. No veíamos, sólo oíamos:

- Águila uno, grupo uno gritó el parlante.
- Águila dos, grupo dos...
- Chacal, grupo tres.
- Bandera uno, grupo cuatro..., etc.

de diez prisioneros cada uno.

Llevaron a los primeros (el resto seguíamos con la cabeza cubierta sin ver absolutamente nada). Al rato, al mucho rato, volvieron. Algunos eran arrastrados por soldados: piltrajas humanas.

Partió el segundo grupo...

Salió el sol y empezó a hacer un poco de calor.

Volvieron los segundos y partieron los terceros. Se nos ordenó descubrirnos. El sol hirió nuestros ojos. Pudimos ver el espectáculo de nuestros compañeros ya interrogados: uno manaba sangre por boca y nariz, otro chorreaba sangre por los oídos (quedó sordo), otro se retorció víctima de los estertores producidos por la electricidad aplicada en los testículos, uno se quejaba quedamente y se sobaba las costillas, tenía dos hundidas. Todos lucían hematomas, desgarrones de piel, moretones, etc.

¡ Vai a cantar una de Leo Dan !

Más o menos a las 11 horas, llegó un soldado del otro sector. Bajo, moreno, rasgos mapuches (después supimos que pertenecían al Regimiento de Chiloé), nos miró con cara de maldad y preguntó:

-¿Quién sabe cantar?

Nadie respondió.

- Uds. tienen que saber cantar, que cante uno para no aburrirnos...

Silencio.

- ¡Ah, nadie quiere cantar mierdas!. Van a ver ahora (no dijo ahora, dijo agora) desgraciados, y mirando al primero de la fila, le ordenó: "Canta vo".

Yo no sé cantar, respondió el aludido, que era un hombre viejo de unos 60 años o más.

- ¡Es que vai a cantar, pues concha de tu madre!. Y uniendo la acción a la palabra, descargó sobre el viejo el fusil derribándolo.

El viejo quedó en tierra semi aturdido, pero otro soldado a punta pies lo obligó a ponerse de pie.

- Vai a cantar una de Leo Dan (Leo Dan era un popular cantante juvenil argentino de la época).

- ¡Es que tenía que saber, po!. Y un violento puñetazo le rompió la boca.

El viejo - ignoro cómo lo sabía - empezó a cantar triste y lastimosamente mientras la sangre le manchaba la camisa:

"Estelita que linda que estás.
Estelita yo quiero tu amor..."

Repetía los mismos versos una y otra vez.

- Pero a mí me gusta con baile, dijo otro soldado. Vá a cantar y a bailar.

Para estimularlo disparó un tiro a los pies del anciano.

Éste día, entonces, comencé a una danza macabra, coreada por fuertes risas de la soldadesca. El viejo cantó y bailó alrededor de un cuarto de hora, después se desplomó en el suelo y empezó a llorar...

Los milicos se fueron a sus rincones a fumar...

Al viejo yo lo conocía. Era un pequeño industrial de mi zona. Propietario de una fábrica de microbalones de gas licuado, enemigo furioso de la Unidad Popular. Para **protegerse de los bandidos upelientos**, compró un par de pistolas que mantenía en su escritorio. Nadie quería "tomarse" la fabriquita del viejo, pero él temía a los upelientos.

Cuando los generales dieron el Golpe se alegró y puso una bandera en la puerta de la industria: volvía la LIBERTAD. Alguien denunció que allí se guardaban armas (tal denuncia gustaba a los militares, llamaban por radio y por T.V. a hacerla). Revisaron la fábrica y encontraron las dos pistolas. Al propietario, único que estaba presente, casi lo mataron a golpes y lo llevaron al Estadio Nacional.

Al poco rato lo llamaron para interrogarlo. Dos días después salió en libertad.

¿Seguiría militando en el Partido Nacional?. ¿Seguiría odiando a la U.P. y siendo partidario del Golpe de Estado?.

La dignidad humana pisoteada

A mí me llevaron a las 11,30 horas. Me cubrieron la cabeza con un saco y un soldado me encaminó con la punta del fusil en la espalda.

preguntó el nombre y la profesión.

Respondí.

Cuando el Interrogador supo que había sido funcionario de Gobierno Interior me hizo una fuerte caricia consistente en un golpe de puño que casi me dejó sin respiración.

Pero no me torturaron.

Alguien entró al cuarto, preguntó quién era y dio una orden: "trátenlo bien", y se fue.

Oí sus pasos y esperé lo peor, pero no me torturaron.

Me preguntaron por Carlos Altamirano, por Mario Palestro, por Oscar Garretón y por Carmen Lazo. Durante dos horas me preguntaron un sinnúmero de tonterías sin golpes, sin torturas físicas...

Oí como a otro compañero, dirigente sindical, lo apaleaban y le ponían electricidad en los testículos. Oí a otro, militante del Mapu, como le quebraron los dedos de los pies a fuerza de pisotones. Escuché gritos horribles de compañeros que torturaban en cuartos contiguos, pero a mí no.

Después fui obligado a firmar, con los ojos vendados, una Declaración en la que diría "todo lo que había contado". Firmé, aunque ignoro qué firmé, pues sabía que tal declaración carecía de valor legal y moral por haber sido hecha bajo apremio.

A la salida del cuarto, un soldado me sacó la capucha. El sol hirió mis ojos miopes. Había llegado el "almuerzo". Me dieron un jarro de porotos. Tenía hambre - siempre lo tuve en el Estadio Nacional - y me los comí. El soldado que me acompañaba que, evidentemente, había escuchado mi interrogatorio, me preguntó:

- ¿Usted fue Gobernador?

- ¡Sí!, respondí.

Lanzó una sonora carcajada y burlándose, me dijo:

- ¡Ah!, ¡era Gobernador y ahora come porotos!. Pobre, seguramente creía que los Gobernadores Populares comíamos caviar. ¡Pobre!. No entendía que éramos funcionarios de un Gobierno Popular. TRABAJADORES EN FUNCIONES DE ESTADO. No entendía que trabajamos durante tres años, noche y día para ellos, para los que nunca tuvieron nada. ¡Pobre!.

a caminar, en la tarde cuando regresamos, pues a las 18 los "Aguilas", los "Banderas", los "Cóndor" dieron término a su trabajo después de masacrar a 100 upelientos.

Esperando la muerte en las graderías

Al día siguiente nos separaron. Treinta fuimos llevados al extremo superior del Estadio: estábamos condenados a muerte...

¿Porqué?.

Nunca lo supimos. ¡La lógica de los militares es absolutamente ilógica!

¡Es desagradable saber que lo van a fusilar!

¡El día lo pasábamos sentados al sol esperando la noche!. La oscuridad era la terrible, pues siempre los fusilamientos se hacían rodeados de las sombras.

Normalmente los carabineros sacaban compañeros de los camarines a media noche. No regresaban jamás. "Los Pacos" mataron más gente que todo el resto de las F.F.A.A. en el Estadio. Querían, de seguro, borrar antiguas muestras de haber defendido al Gobierno o vengar causas personales.

En un pequeño cuarto estuvimos seis noches esperando que esa fuera la última. Todos teníamos miedo, éramos políticos, obreros, profesionales y no héroes. Sin embargo, nos dábamos valor el uno con el otro y NADIE FLAQUEÓ. NADIE RENEGÓ DE NADA. El miedo a morir, sin haber visto la derrota de la Dictadura, nos dio valor.

Al sexto día, pasadas las 14 horas una voz habló por los parlantes del estadio. El Cónsul General de los Estados Unidos de América buscaba a un joven compatriota. Pidió datos sobre su paradero, sobre el destino de su cuerpo - si es que estaba muerto. Garantizó que personalmente se preocuparía de la suerte del o los que dieran información sobre el muchacho. No bajó al centro de la cancha como en el Film MISSING, pero todos le vimos y oímos su voz.

El joven yanqui no estaba en el Estadio. Lo habían asesinado antes, pero el Cónsul nos vio, a los treinta condenados a muerte, preguntó el porqué y los Jefes militares no encontraron respuestas apropiadas que dar al representante del MOTOR, FINANCIERO y CEREBRO del Golpe de Estado. Esa tarde se nos ordenó reunirnos con el resto. Sin querer, sin pedirlo, hasta con rabia y con asco, le debemos la vida al Cónsul yanqui...

Otro día llegó el Cónsul argentino. Salvó a un compañero que, increíblemente, era ahijado de Juan Domingo Perón.

Para ellos este hecho constituía parte de sus vidas: delincuentes comunes, pero de alto nivel: traficantes de drogas, ladrones internacionales, etc. El más famoso era el "Cabro Carrera", pedido por la policía de varios países. Ellos tenían un tratamiento especial. La comida se la hacían traer de restaurantes caros. Pagaban en dólares a la Guardia. También había pequeños rateros, lumpen que los militares introdujeron para servirse de ellos en calidad de espías, a cambio de la libertad. Siguieron robando, especialmente la comida que nos enviaban nuestros familiares, relojes, joyas...

Muchos extranjeros: brasileños, uruguayos, bolivianos, compañeros todos, que huyendo de sus respectivas dictaduras habían encontrado asilo en Chile. Fueron torturados, hambreados igual o peor que los chilenos.

El encapuchado

Varias veces apareció el "encapuchado". Recorría, fuertemente custodiado, las graderías e identificaba a compañeros que luego eran llevados a la tortura y/o a la muerte.

El "Encapuchado" fue el símbolo más preclaro de terror impuesto como método habitual por la Dictadura Militar. Entre los presos del Estadio Nacional sembró el MIEDO, pues conocía a mucha gente y las delató a todas.

Creo que, junto al alcalde de Puente Alto, fui reconocido por él y eso motivó nuestra condena a muerte.

Nunca supimos en el estadio su identidad, pero en el año 1980 se descubrió su nombre: Juan Muñoz, agente del S.I.M. (Servicio de Inteligencia Militar), y posteriormente de la DINA. Se hastió de tanto crimen y arrepentido lo declaró a la Vicaría de la Solidaridad. Fue asesinado por la DINA.

Yo lo conocí: el año 1972 llegó a Puente Alto y solicitó el ingreso a la Federación Juvenil Socialista (F. J. S.) Pronto se destacó por ser un trabajador incansable, pero en el transcurso de su misión fue cometiendo errores que hicieron entrar en sospechas a los Dirigentes juveniles.

La Comisión de Control Interno, después de un serio estudio de su actuación, pidió su EXPULSIÓN, la que ratifiqué en mi calidad de Secretario Seccional del Partido Socialista de Puente Alto.

Increíblemente su expediente de expulsión se perdió y algunos meses más tarde lo descubrimos trabajando a nivel del Comité Central de la Juventud, desde donde lo volvimos a hacer expulsar.

ambas, por separado, acudieron a mi oficina a solicitarme recomendaciones para ingresar a trabajos distintos.

Juan Muñoz, agente del Ejército y de la DINA, pagó con su vida la traición cometida a su clase, a la clase trabajadora a la que pertenecía y a la que traicionó.

El Show del Peineta González

Fueron los obreros de Madeco los iniciadores del show. Al principio los "intelectuales" y los estudiantes se oponían, aducían que no era el momento propicio para demostrar alegría, pero los obreros planteaban que constituía nuestra obligación primaria la de mantenernos física y síquicamente aptos y sanos. Que el show era un arma contra los problemas que cada cual tenía internamente y, por sobre todo, para demostrar a la dictadura que no estábamos derrotados.

Triunfaron los obreros - desde luego mas realistas y mas acostumbrados a los golpes que a diario le proporciona la sociedad clasista y se hizo el show dirigido por "un muchacho muy flaco, de pelo engominado terminado en un jopo en la frente", el "Peineta González": chistes, canciones, más canciones y más chistes. Fue un éxito. Siempre los obreros saben mas que los intelectuales...

El "Peineta González" ideó un grito:

Hola qué tal?

¡Ye, ye!

- Hola qué tal?

- ¡Ye, ye!

Fue una forma de comunicación de los 30.000 o más presos con los familiares que, a diario, esperaban en las puertas y los alrededores del recinto la ansiada libertad de los suyos.

El Peineta González (animador del Primer Festival de la Canción Obrera del Cordón Cerrillos) junto a todos sus compañeros de trabajo fue llevado a la Cárcel y condenado por el supuesto delito de haber construido "tanques" y "carros blindados" para defender al gobierno.

Las indulgencias por un cigarrillo

De cuando en vez aparecía el Capellán. Un Cura católico de origen Polaco. Trabajaba en la Cárcel de Santiago. Recogía cigarrillos entre los familiares apostados en las cercanías del Estadio, prometiendo entregarlos a los destinatarios y en el interior comerciaba con ellos.

No, no era un comercio en dinero, sino en almas...

predicaba por los parlantes interiores de gran potencia. En un pésimo español, pese a llevar varias decenas de años en Chile, hablaba a favor de la Junta y del fascismo.

Sin embargo sus prédicas eran antológicas:

"Hijos míos, San Pablo murió en la Cárcel, no se preocupen Uds....."

"Hasta el próximo Domingo y.... descansen en Paz..."

A los que comulgaban les regalaba cigarrillos (los cigarrillos recogidos en la puerta). El primer Domingo fueron pocos, el segundo fueron más y el tercero miles.

Nos pusimos de acuerdo un par de amigos para comulgar el cuarto Domingo diciéndonos que al fin y al cabo la ostia es harina y debe contener un par de calorías que mal no le iban a hacer a nuestros hambreados cuerpos y que los cigarrillos serían bienvenidos...

Pero ese cuarto Domingo el Cura no apareció. A las 10 de la mañana los parlantes anunciaron que había muerto de un infarto cardiaco en la madrugada.

De seguro que en la otra vida - si es que la hay - debe estar repartiendo cigarros a Hitler y a Mussolini...

El cura fue un mal elemento: engañaba a los familiares, repartía cigarrillos a cambio de comuniones sin fe. Puso al servicio de la Tiranía una religión de Paz. Comerció con su Religión. ¡Mal elemento !

El Mayor Acuña

En cambio el Mayor Acuña fue un militar, evidentemente, antifascista. Conversaba con los presos. Trataba de paliar las duras condiciones de vida dentro del Estadio. No compartía ni el espíritu ni el modus operandi del golpe. Un día desapareció, dejó de ir al Estadio. Mucho tiempo después supimos su destino: fusilado.

Lo asesinaron por tratar de salvar la vida a un grupo de compañeros uruguayos, a los que pretendía asesinar la Dictadura. ¡Es que la gente honrada no tiene cabida entre la jauría desatada por Pinochet y Cia!

Todos, o casi todos, guardamos un buen recuerdo de ese militar que no amaba, de seguro, la Democracia: Q.R.E.P.

En el Estadio Nacional pronto se creó un mundo propio, un universo formado de dolores, de angustias, de hambres, de terror y de esperanzas. Obviamente los militares no sabían como tratarnos. Habían **estudiado** en las Academias (tal cual lo reconoció mas tarde, en Chacabuco, un Coronel) la manera de tratar a los "Enemigos extranjeros", pero no sabían que hacer con los "enemigos internos", porque para ellos la cosa estaba clara: éramos **prisioneros de guerra**.

Habían ganado la guerra, una guerra que no vimos, en la que no participamos, pero en la que fuimos vencidos.

- ¿Debían aplicarnos los Acuerdos de Ginebra en cuanto a ser vencidos y prisioneros de guerra?.

- ¿Eramos traidores a la Patria?.

- ¿Qué delito se nos imputaba?.

- ¿Qué legislación nos era aplicable: la civil, la militar?

No lo sabía y actuaban conforme a su propia desorientación: con rabia, con odio a nosotros, pero, principalmente, con odio a si mismos.

Los presos lo sabíamos: Estabamos allí por ser demócratas, por ser Socialistas, por ser Constitucionalistas, por amar a la Libertad, la Justicia Social y la Democracia Integral...

Damas de la Cruz Roja

Desde el primer día la Cruz Roja Chilena, Secciones Providencia, La Reina y Las Condes (las tres comunas de Santiago en que predomina la alta burguesía Nacional) trabajó en el Estadio. Las Damas de la Cruz Roja (voluntarias) realizaban tareas de solidaridad, conforme al espíritu humanitario de la institución, pero...

Frente a la marquesina del estadio, frente a la Tribuna Oficial, instalaron un DISCO NEGRO, un disco de metal totalmente pintado de color noche. Lo pusieron en la Pista de Ceniza. Allí, justo donde los atletas buscan superar los records de velocidad o de resistencia. Fue el Punto de referencia, ... "presentarse al Disco Negro", ladraban los parlantes internos. Al principio los compañeros llamados acudían al requerimiento de los altavoces, empero pronto descubrimos que los que allí eran llamados volvían salvajemente torturados. Los "Interrogadores Especiales" los devolvían convertidos en estropajos humanos.

Los milicos llamaban y más llamaban. Los presos encontraban el anonimato en la propia desorganización de los encargados.

Pero...

Las Damas de la Cruz Roja de Providencia, La Reina y Las Condes se prestaron para cazar víctimas:

"Atención, habla la Cruz Roja de Providencia... Se necesita al Señor..." Naturalmente los nombrados acudían creyendo que las Damas traían recados de los familiares, medicamentos, alimentos, ropa, cigarrillos.

No encontraban DAMA alguna, sino a los interrogadores que los masacraban.

Triste rol desempeñado por gente que rompió la norma de Henry Dunand y se prestó para servir de cebo a los más duros y despiadados de los esbirros de la Tiranía.

¡Enlodaron el símbolo de la Cruz Roja!

¡Mancillaron el blanco uniforme de Paz y de Amor!

¡Damas de la Cruz Roja de Providencia, Las Condes y La Reina, ustedes, moralmente, son culpables, más culpables, que todos y cada uno de los militares que estuvieron en el Estadio Nacional asesinando, torturando y masacrando!

¡Malditas sean!

Amor de perros

Los chilenos sabemos que no hay Fiesta Popular, concentración política, desfile militar, procesión religiosa, etc. sin un perro.

Los perros vagos son institución nacional. Proliferan en todos los barrios, en las poblaciones, en las calles, en todas las ciudades y pueblos. Son parte del paisaje, son coparticipantes de la vida diaria del chileno.

Las familias pobres crían perros igual como crían hijos. Son canes flacos, pulguientos, sucios, están acostumbrados - desde pequeños - a "ganarse la vida", a autoalimentarse, a recorrer distancias infinitas, a ladrar a viandantes, vehículos, gatos y a otros perros. Se reproducen por "generación espontánea". Jamás conocen a un veterinario, una casucha, medicamentos, abrigo.

Son "pata de perro". Los "aperrean" los hombres y animales, pero son "fieles como perros".

Al Estadio Nacional llegó "el perro", ese que no puede faltar en ninguna oportunidad. Llegó quizás de dónde, seguro no tenía dueño, era un perro de nadie. "Roto Chileno" sin hogar y sin familia.

Pronto se hizo amigo de todos, pues era amigable, tolerante y simpático. Comía lo que no comían los presos y dormía en alguna parte.

Un día llegó otro, es decir, otra: una perra.

Porque los perros chilenos no tienen nada de machistas. Los vagos caninos son de ambos géneros. La dura vida de la vagancia, de la desnutrición, del hambre y del frío es dura para todos y no respeta sexos.

El macho - lacho, como todo roto - trató desde el primer día conquistar a la perra. Pero ella, coqueta como buena mujer, no se entregó al primer requerimiento, sino que se hizo de rogar.

El perro la perseguía (de seguro le decía palabras de amor y promesas sin fin de cariño eterno), corría a su lado, le ladraba con su mejor voz de barítono resfriado y hacía cuántas "gracias" es dable hacer a fin de ablandar el corazón de la ingrata.

El asunto duró días.

Los 30.000 presos estábamos expectantes del momento en que la perra diera el "sí". Porque estábamos seguros que algún día tendría que triunfar el amor del perro y que ella **no podía** ser tan mala y negarle y negarse el supremo goce de la entrega total.

Y se produjo...

A las doce del día, cuando las campanas de los templos vecinos indicaban el meridiano, en el centro de la cancha de fútbol la perra bajó la cabeza, ladró dulcemente y dijo: "SI".

El macho montó a la hembra y treinta mil pares de manos aplaudieron el coito más esperado en la HISTORIA de una pareja canina. Creemos que no ha habido, ni habrá un ayuntamiento perruno con más espectadores en el mundo.

perros vagos - rotos chilenos con corazón de pueblo - la vida continuaba su curso.

Un partido que no se realiza: Chile v/s Unión Soviética

Un día salieron en libertad alrededor de quinientos compañeros. Entre ellos iba el compañero Godoy, Ministro del Trabajo del Gobierno Popular.

Todos los días dejaban libres a 20, 50. Los llamaban por los altavoces. Los encuestaban. Les obligaban a firmar un documento declarando "no haber recibido malos tratos en el Estadio" (aunque algunos aún lucieran muestras de las torturas y los golpes). Todos firmaban, era el precio.

Muchos volvieron a caer (nadie es libre en una dictadura y menos en una como la chilena). La mayoría de ellos se incorporaba a la lucha clandestina.

Todos esperábamos oír nuestro nombre alguna vez - en las LISTAS DE LIBERTAD -, era lógico y legítimo. No éramos culpables de otra cosa que la de ser defensores de legitimidad constitucional. Sin embargo cerca de mil quinientos nunca fuimos llamados.

Con el correr de los días las graderías se fueron despoblando: muchos libres, otros asesinados en las noches y un par de suicidas...

Y el partido no empezaba...

El match de fútbol entre las selecciones Chile y de Unión Soviética por las eliminatorias del Mundial de Munich debía realizarse en el Estadio Nacional. Por ello cuidaban el césped con más cariño que el que le daban a una ametralladora. Una comisión de la F.I.F.A. y de la Federación de Fútbol de Chile visitó el campo, se paseó por la cancha, miró con ojos lejanos a los presos y se fue: "En el estadio se podía jugar"...

Fuimos los espectadores más "fanáticos". Esperamos sentados (a la fuerza) un partido que nunca se efectuó, pues los soviéticos, en solidaridad con el pueblo chileno - se negaron a jugar en un " campo de concentración", autoeliminándose - con ello- del Mundial...

La razón de su odio

¿Qué les contaron los Oficiales y Jefes de los Soldados sobre la U.P., sobre Allende, sobre los militantes de los Partidos de Izquierda?

La mayoría de los muchachos que hacen el Servicio Militar Obligatorio en Chile son hijos de obreros o de campesinos, las clases medias y altas no envían a sus hijos a los Regimientos. Nunca falta un médico que, por una suma dada, certifique una enfermedad que imposibilita al joven para la milicia. Los

dos años.

Sin embargo esos conscriptos, esos suboficiales, esos Tenientes actuaban con un odio enorme, con un deseo de destrucción y unas ansias asesinas sublimadas. ¿Qué historia les inventaron?

Para los Oficiales el asunto es claro: Chile no ha tenido una guerra desde hace más de cien años. La última fue el año 1879 y a ellos los preparan para guerrear contra "el enemigo". Pero el enemigo no existe. Nadie es enemigo de Chile y los Oficiales jubilan sin haber peleado con nadie, excepto con sus propias frustraciones. Ahora tenían "su oportunidad": **crearon un enemigo interno**. Nosotros éramos los enemigos y había que exterminarlos. **Había que ganar la guerra.**

El problema residía en que nosotros no estábamos en guerra contra el ejército chileno. Nuestra guerra era contra la miseria, contra la explotación, contra el analfabetismo, contra el Imperialismo.

Los cuatro generales si sabían por qué y para qué hicieron **su guerra** a favor de U.S.A., en favor de la Anaconda, de la I.T.T., del National City Bank, etc. Porque tenían una divisa extraña, había que destruir todo lo sano y lo patriótico que existiera.

Tradicionalmente los jóvenes que egresan de la Enseñanza Media postulan a la Universidad. Sin embargo no todos pueden ingresar a los colegios Superiores por falta de capacidad de éstos, por falta de méritos de los postulantes. Los que fracasan, postulan a la Escuela Militar, a la Aviación o a la Marina y los que fracasan en una de las tres Escuelas Militares tradicionales, postulan a la Escuela de Oficiales de Carabineros. La oficialidad militar y policial chilena - salvo honrosas excepciones - está formada por fracasados universitarios. Por eso odian a los profesionales, por eso odian a los obreros sabiendo que éstos son más inteligentes que ellos, pese a no haber tenido la oportunidad de estudiar por las condiciones socio - económicas imperantes.

El odio de los Oficiales es odio de fracasados, de resentidos educacionales, de gente que solamente con un arma en las manos se siente superior al medio que le rodea.

¡Esa y no otra era la razón de su odio!

Salieron en libertad los últimos. Quedamos algo más de mil. La mayoría iríamos al norte, al desierto, a Chacabuco y el resto a la cárcel de Santiago.

¡Qué vacío se veía el Estadio!

Y el partido no se efectuó.

El Domingo, antes de ser llevados a la Pampa Salitrera tuvimos visitas: una persona por preso.

Llegaron las madres, las esposas, los hijos, las amantes, las compañeras, la familia completa con ropa, con comida, con medicinas, con cigarrillos, con dinero, con cariño...

La prensa del régimen mostró escenas del encuentro señalando "que eso era una muestra de la buena voluntad de los salvadores de la patria para con los peligrosos marxistas"...

Mis hijos, mis cuatro hijos trataron de verme, pero sólo autorizaron el ingreso de dos: la mayor y la menor.

Mis hijos- sin madre - sufrían lo que más: carentes de recursos económicos, sin trabajo, sin parientes, casi sin compañeros, pues la mayoría estaban presos, escondidos, refugiados, muertos o atemorizados. Solos los cuatro tratando de seguir viviendo en un mundo absolutamente adverso. Todos menores de edad, muy jóvenes y... todos socialistas!

Me llevaron tantas cosas, hasta algunas innecesarias, pero más que nada me llevaron cariño y su Fe enorme en los destinos de la Patria.

Conversamos una hora a través de las rejas. Estreché sus manitas dulces y recibí sus besos puros. Les acaricié y en ellas a los otros dos que no habían podido ingresar.

Aída, Manara, Rigoberto, Ana María, ¡qué grandes fueron pese a sus pocos años!

¡Nunca les quise como entonces, pues demostraron ser más poderosos que las bayonetas!

Cuando se fueron, después de traerme el aliento, el saludo de tantos compañeros que me lo enviaron con ellos, después de un beso muy largo y muy triste, la menor levantó el brazo y me dijo: "Venceremos"

¡Si, venceremos!

Ahora el pueblo allá en nuestra patria está remeciendo las bases de la tiranía.

¡Es que nadie puede detener la marcha de la historia!

de ayer y de siempre construya un Mundo Mejor!

¡Gracias hijos!

¡Gracias compañeros que sublimaron su miedo legítimo enviándome saludos y cosas materiales, ayudando a sobrevivir a mis hijos y manteniendo el pendón de la Libertad en alto!

¡La aurora tarda, pero siempre llega y nunca la oscuridad es más densa que cuando el día amanece!

En el Estadio Nacional se sigue jugando fútbol, pero más pronto que tarde nos reuniremos en las mismas graderías para saludar a la LIBERTAD, a la Democracia y al Socialismo, y marcharemos juntos por los luminosos senderos de la Patria Nueva.

GREGORIO MENA BARRALES.

Octubre de 1984